

—huesos, miedos— ni que en el triste baile de la vida  
me abrace de otro modo. Por mucho que una adolescencia  
de mentiras hable aún de otro; aunque sea cierto  
que detrás de la noche basta un disparo  
para que la memoria de nuevo vista de risa y blanco  
yo quiero que lo veas, que veas —huesos, miedos—  
que no soy más que eso y que sólo por ahí tienen que cogerme,  
por mis huesos y mis miedos, por ahí solo, amor, por mi único centro.

### COMÚN MAPA QUE TRAZO CUANDO NOS MIRAMOS

Alturas de ti, extremidades de mí, labios, lunas  
y el resto de una pobre mitología con la que no te alcanzo,  
con la que jamás llego al corazón de un cuerpo,  
estanque o cetro, mundo y sitio. Alturas de ti,  
extremidades de mí. Enredaderas, salivas,  
tentáculos. Donde la noche cerró las puertas,  
donde perdí la vida, ¿hace ya cuánto?,  
en el mismo lugar en que olvidé el lenguaje  
de palabras o de abrazos con que proclama  
estar vivo  
aquel que ama.

### TRAS TANTO TIEMPO DE SILENCIO

Seguimos viviendo en el ahuecado centro  
de la tarde aquella en que los pájaros  
lentamente se volvieron  
afónicos desiertos sin espejos.

Nos han dicho

que tenemos los días contados.

Pero si alguien pensaba

que eso iba a impresionarnos

es aún niño vivo o muerto ingenuo.

Pues nosotros vivimos en la tarde olvidada por los pájaros,  
nosotros sabemos que si alguien hizo ese esfuerzo  
lo hizo en vano

y si con amor y con sombra nos miráramos

un estribillo de romance viejo

con apócrifos ojos podríamos aún decirles

—“días de nadie, para qué contarse”. Y después de eso

a madrugaras de sombra volveríamos. Aunque quizá una risa

de leves huesos crujirla aún un instante. Porque nos parece

que tras tanto tiempo de silencio esos versos

—¿no creéis?— tampoco estarían mal del todo.